

EL ROBERT DEVEREUX DE LOS HISTORIADORES

■ JOSÉ CALVO POYATO

Después de *Ana Bolena* (1830) y *María Estuardo* (1835), en la tercera de sus óperas dedicadas a los Tudor, de 1837, Gaetano Donizetti utilizó el nombre propio del segundo conde de Essex, Robert Devereux. Sin embargo, el personaje central de la historia es más bien Isabel I de Inglaterra, como indica el título de la obra en que se inspiró el libretista, Salvatore Cammarano: *Élisabeth d'Angleterre*, de François Ancelot.

Efectivamente, más allá de las libertades propias de un libreto operístico, el drama al que Donizetti puso música tiene como elemento fundamental la relación de la reina con Devereux. Concebido para un público que, a aquellas alturas del siglo XIX, estaba ya entregado a los ideales estéticos e ideológicos del romanticismo, su trama se articula en la atracción que sobre la reina Isabel ejerce un joven cortesano treinta años más joven que ella. Las vicisitudes de esta relación no responden exactamente a la realidad histórica que conocemos, al incorporar elementos propios de la creación literaria con el fin de dar mayor fuerza al drama.

Sin duda, la asimétrica y desigual relación que mantuvieron la reina y Devereux en la Inglaterra de las últimas décadas del siglo XVI fue cualquier cosa menos plácida. Pero, enmarcada además en la llamada “guerra anglo-española” de 1585-1604, y en un contexto de complicada política internacional que afectó a muchos países europeos, esa relación sufrió también los efectos de difíciles circunstancias externas que contribuyeron adicionalmente a desencadenar su trágico final.

Las razones del conflicto bélico radican en el deseo de los ingleses de romper el monopolio comercial impuesto por España en las Indias. También fue importante el papel jugado por las divergencias religiosas entre el católico Felipe II y la protestante Isabel I: la ejecución de la reina de Escocia, la católica María Estuardo, fue ordenada por Isabel en 1587, y

ha sido señalada en muchas ocasiones como desencadenante del conflicto (aunque éste, en realidad, había comenzado año y medio antes).

La guerra tuvo, además de los enfrentamientos directos entre españoles e ingleses, otra manifestación no menos importante: el apoyo que ambos contendientes dieron a quienes luchaban contra el otro. Así, Isabel prestó una importante ayuda a los rebeldes holandeses que, capitaneados hasta 1584 por Guillermo de Orange, se enfrentaban a Felipe II. También ayudó a Enrique IV de Francia y al partido hugonote francés frente a los católicos encabezados por los Guisa, a quien apoyaba Felipe II. Éste, por su parte, respaldó a los irlandeses en su lucha contra el invasor inglés. A Robert Devereux le encontraremos luchando, por lo general con escasa fortuna, en algunos de esos escenarios en que se dirimía la contienda entre su reina y el monarca español. Robert era hijo de Walter Devereux, el primer conde de Essex. Fue introducido en la corte inglesa en 1584 por su padrastro Robert Dudley, conde de Leicester, con el que la madre de Devereux, Lettice Knollys, contrajo segundas nupcias. En Londres era público que ambos habían sido amantes en vida de Walter Devereux: Antonio de Guaras, un hombre de negocios

español afincado en Londres y que hacía las veces de embajador, afirmaba en una carta que en Londres había expectación porque Lettice Knollys había tenido dos hijos mientras su esposo Walter Devereux estaba luchando en Irlanda. Esos comentarios señalaban que el genitor de las criaturas era Dudley.

La situación vivida por los condes de Essex y Leicester no era algo excepcional en la Inglaterra isabelina. Es más: en la aristocracia inglesa, como en la de otros países de la época, las relaciones extramatrimoniales eran frecuentes, si no habituales. A la propia Isabel I se le han atribuido numerosos amantes y, tanto en lo que se refiere a su número como a sus

■ La asimétrica y desigual relación que mantuvieron la reina y Devereux en la Inglaterra de las últimas décadas del siglo XVI fue cualquier cosa menos plácida



nombres, han corrido sobre ellos ríos de tinta. Walter Scott, en su novela *El conde de Leicester*, publicada en 1821 bajo el título *Kenilworth*, retrata desde su romántica perspectiva literaria algunos aspectos de esta sociedad, señalando que la depravación en las relaciones amorosas era moneda corriente, y la cama un procedimiento utilizado habitualmente para encumbrarse desde un punto de vista social.

Dudley es conocido por haber dirigido una fracasada expedición militar en Flandes, donde desembarcó para ayudar a los holandeses en su enfrentamiento con el rey de España. A pesar del fracaso, no perdió el favor de la reina, y recibió después el encargo de ser uno de los jefes de la flota que había de enfrentarse a la Gran Armada enviada por Felipe II para invadir Inglaterra en 1588. Falleció el 4 de septiembre de aquel año, pocos días después de que quedara conjurada la amenaza de la invasión española.

La muerte de Dudley, de quien se decía que era amante de la reina, abrió definitivamente a Devereux las puertas de la alcoba real, a la que desde hacía tiempo tenía acceso como caballero mayor de la reina. El atractivo y seductor joven había ganado la voluntad de Isabel I mucho antes del deceso de su padrastro. Pero a partir de este momento, la relación de la reina con su nuevo y joven favorito estará llena de tensiones, con desagradables episodios propios de amantes situados en planos de desigualdad. Isabel estaba en el otoño de su vida y era una mujer enamorada, pero también era la reina, y eso es algo que no olvidaba en ningún momento. Ejercía el poder con la energía propia de un soberano que tiene pocos límites a su voluntad. Devereux, por su parte, era joven, seductor y ambicioso, y muy consciente del efecto que provocaba en la reina. Así, cada uno tenía lo que al otro le faltaba: ella detentaba el poder, pero se le acumulaban los años, y él disfrutaba de su plena juventud, pero ansiando el poder. En esa desigual relación, para ella el joven conde de Essex era mucho más que un caprichoso pasatiempo, mientras que, para él, la reina era, sobre todo, la fuente de la que emanaba el poder que ambicionaba.

Los términos de esta relación explican que se vivieran episodios tormentosos, al tiempo que el joven favorito se fuera mostrando cada vez más osado. En un primer momento, Devereux deseaba aparecer a los ojos de la reina como algo más que un joven atractivo que entretenía sus noches. Posiblemente por esa razón, en 1589, tras el fracaso de la Gran Armada, embarcó en la flota que, a las órdenes de Francis Drake, zarpó con la misión de devolverle a España su ataque. Lo hizo sin que la reina tuviera conocimiento. ¿Buscaba con la ausencia encelar a una mujer entrada en años? ¿Era el simple deseo de aventura de un joven de sólo veintidós años? ¿O era una manifestación de la identidad militar del retoño de una noble familia aristocrática?

Robert Devereux, segundo conde de Essex; hijo ilegítimo de su protector Robert Dudley, conde de Leicester; amante de Isabel I de Inglaterra; aventurero e indomable; caído por sus propios atrevimientos.

No tenemos la respuesta, pero conocemos la reacción de Isabel I: montó en cólera tanto por la actitud de Devereux como por el fracaso de la expedición. Efectivamente, la flota de Drake había fracasado en su intento de apoderarse de La Coruña, y tampoco consiguió sublevar Lisboa aunque los ingleses contaban con la colaboración de los lisboetas por el rechazo portugués a la incorporación de su reino a la monarquía de Felipe II. El objetivo de apoderarse de la flota de Indias también se vio frustrado. Isabel I, para quien los beneficios económicos de las expediciones contra los intereses españoles estaban siempre muy presentes en sus decisiones, tenía, pues, amplios motivos para irritarse.

■ La relación de la reina con su nuevo y joven favorito estará llena de tensiones, con desagradables episodios propios de amantes situados en planos de desigualdad



■ **La implicación de Devereux en la lucha política no le hizo desistir de sus deseos de gloria militar, quizás porque ambas cosas tenían un significado social equivalente**

y cuyos espías habían abortado varias conspiraciones contra la reina. También murió Christopher Hutton, el Lord Canciller que custodiaba el Gran Sello Real y presidía la Cámara de los Lores, y que, gracias a sus habilidades como danzante y a su apostura, había conseguido que se le abrieran no sólo las puertas de la corte sino, según los rumores, también las de la alcoba real.

En estas circunstancias, Enrique de Borbón, que en agosto de ese mismo año de 1589 acababa de acceder al trono de Francia como Enrique IV, aunque era rechazado por los católicos y Felipe II, solicitó la ayuda de Isabel para luchar contra la Liga Católica. Isabel entregó a Devereux el mando de la expedición y éste cruzó el canal de la Mancha, pero su actuación en Francia se saldó con un fracaso tan contundente que decidió regresar a Londres mucho antes de lo que estaba previsto. Otra vez la relación entre la reina y su favorito vivió una tensa situación. Resulta fácil adivinar las contradicciones en que se debatía Isabel. Por un lado, la reina que tiene ante sí al responsable de un fracaso que algunos otros habían pagado con su vida; por otro, la mujer enamorada. Experimentaba la contradicción entre los dictados de la razón de Estado y las pasiones que albergaba su corazón.

Al igual que ocurriera con la participación del conde de Essex en la fracasada expedición de Drake, parece que acabaron por imponerse estas últimas.

Durante los años que marcaron el final del siglo XVI, las intrigas, siempre presentes en los círculos de poder, dibujaban dos bandos en la corte isabelina: Sir William Cecil, el más importante de los consejeros de la reina, y su hijo Robert, pugnaban por el favor de la reina frente a los hermanos Bacon, Francis y Anthony, sobrinos de Sir William por hallarse éste casado con una hermana de su madre, Anne Cooke, mujer muy culta que influyó mucho en la educación de sus hijos. Francis se convertiría en un referente decisivo de la filosofía empírica; Anthony, por su parte, dejó una riquísima correspondencia que revela sus actividades como espía. Anthony, por ejemplo, fue quien invitó a Antonio Pérez, el depuesto secretario de Felipe II, a viajar a Londres.

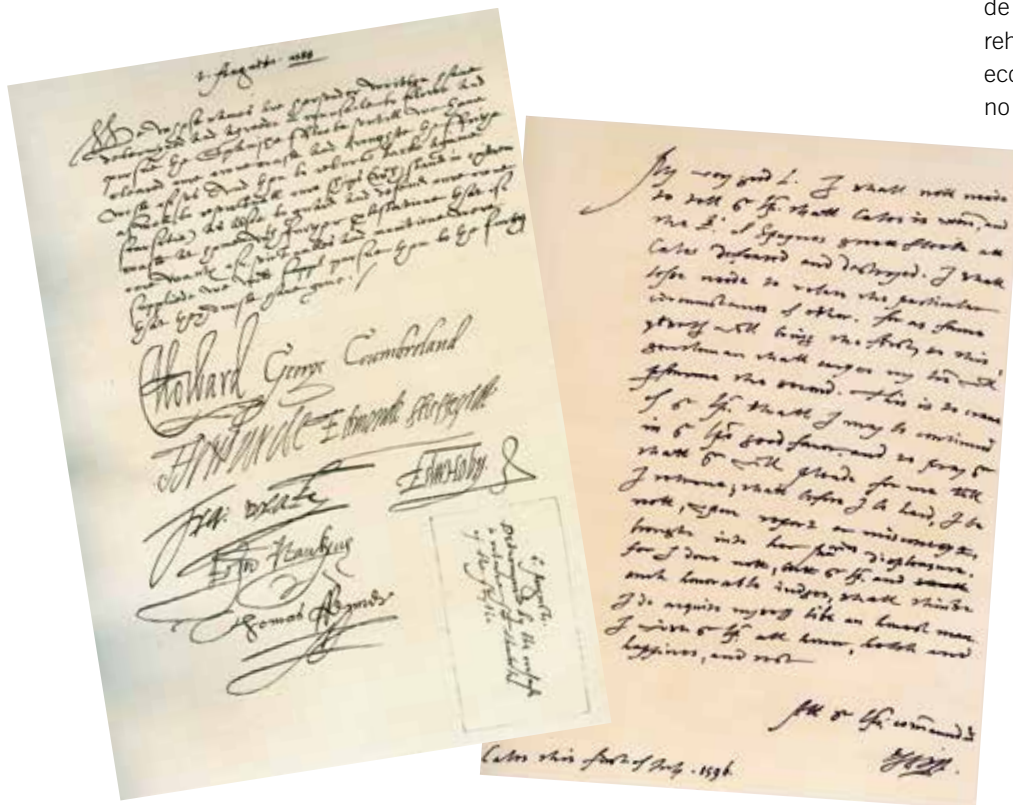
Los Bacon formaron una alianza con Devereux: ellos ganaban influencia sobre el ánimo de la reina, y el favorito lograba fundamentos políticos para ser algo más que un joven atractivo que fracasaba en las empresas militares en que participaba. Devereux entró así de lleno en el peligroso y complejo mundo de las camarillas cortesanas, en las que, incluso con el apoyo de la reina del que disfrutaba, el riesgo era muy elevado.

La implicación de Devereux en la lucha política no le hizo desistir de sus deseos de gloria militar, quizás porque ambas cosas tenían un significado social equivalente. Así, en 1596 logró el mando de una flota inglesa que atacaría un punto clave del comercio hispano con las Indias: Cádiz. En esta ocasión, el ataque inglés constituyó un rotundo éxito, y las tropas de Devereux lograron apoderarse de la ciudad, saqueándola durante varios días antes de abandonarla y llevarse presos un número importante de rehenes con el fin de pedir rescate. A pesar de todo, los beneficios económicos de la expedición, algo muy importante para Isabel I, no fueron los esperados, y la reina no se mostró todo lo satisfecha que el ambicioso joven esperaba.

En estos tiempos de energía y pasión, Devereux no se recató de manifestar en público su disgusto por la reacción de la reina. Pero tal actitud no era muy recomendable, ya que su arrogancia con la reina, incluso si la embelesaba, resultaba extremadamente amenazadora, sobre todo recordando que Isabel había mandado ya al cadalso a algunos de sus colaboradores por bastante menos de lo que hasta entonces había tolerado a Devereux.

■ Tanto Nottingham como Essex tuvieron papeles de importancia en la política exterior de Isabel. Howard, conde de Nottingham, firmó junto con Francis Drake documentos relativos a la guerra angloespañola, debido a su cargo de almirante de la flota inglesa. Robert Devereux, participante en la misma contienda, también generó documentos militares, como esta carta sobre la expedición a Cádiz.

Decisión de un consejo de guerra de los comandantes ingleses, de 1 de agosto de 1588, y carta de Robert Devereux a William Cecil, de 1 de julio de 1596 © The Print Collector / Alamy





El palacio de Westminster, que se había quemado el año anterior al estreno de la ópera, fue reconstruido completamente, y fue éste el edificio que conoció Verdi en sus visitas a Londres. Pero poco importa el edificio, porque las contiendas políticas y amorosas han seguido como siempre.

Fachada del Westminster Hall
© tkemot / Shutterstock

El joven favorito, confiado en sus dotes de seducción, o quizás poseído por su convicción de ardoroso aristócrata, pisaba un terreno demasiado peligroso, y así se lo hizo ver Francis Bacon. Pero no sólo no escuchó los consejos del filósofo, sino que unos meses más tarde fue aún más lejos: en una reunión del consejo privado de la reina, donde Devereux ya tenía asiento, se enfrentó con ella mostrando su desacuerdo con la propuesta de la propia Isabel para el nombramiento de un nuevo integrante y atreviéndose incluso a presentar su propio candidato. Nadie que hubiera conservado la cabeza sobre los hombros se había atrevido a tanto.

Todo apuntaba a que se produciría una ruptura definitiva. Sin embargo, Devereux no salió tan mal librado como cabría esperar. Le favoreció sin duda el atractivo que tenía para la reina, pero también la situación en Irlanda. Los irlandeses, que se mantenían fieles a la iglesia de Roma, se habían rebelado contra la presencia inglesa en la isla unos años atrás. A finales de siglo, y en particular a la altura de 1598, esa insurrección se había generalizado por la mayor parte de la isla, lo que ofreció a Devereux una nueva posibilidad de actuación militar al decidir la reina intervenir con más energía.

Para este conflicto, las tropas inglesas ubicadas en Irlanda eran insuficientes, porque los irlandeses recibían ayuda de la corona española, en la lógica que hemos indicado más arriba; así, si Isabel I ayudaba a los rebeldes holandeses, Felipe II le respondía con la misma moneda en Irlanda. De modo que, en un aparente nuevo acercamiento entre Isabel y Devereux, los intereses de Estado recomendaron que éste se pusiera al frente de una poderosa expedición. Recibió así el mando del mayor ejército inglés que hubiera desembarcado en Irlanda: 17.000 hombres. El conde de Essex, haciendo gala de su notable y característica altanería, prometió antes de partir que regresaría con la cabeza de Hugh O'Neill, conde de Tyrone y jefe de los rebeldes.

Sin embargo, la campaña de Irlanda se convirtió al poco tiempo en un desastre para Devereux, cuya fortuna militar se mostraba repetidamente esquiva. Los irlandeses no eran tan fáciles de vencer como creía, y a pesar de sus elevados ideales aristocráticos,

actuó finalmente de forma parecida a como lo había hecho antes en Francia: abandonó la campaña y regresó a Londres sin haber cumplido su misión. A esa actuación añadió otra, quizá más grave y que nos señala hasta dónde llegaba su intrigante ambición: cerró un acuerdo con O'Neill sin el consentimiento de la reina.

Se cuenta que, cuando llegó a Londres, entró en la alcoba de la reina sudoroso y polvoriento, y sin anunciarse; Isabel, sorprendida, debió creer que había acabado con el problema irlandés pero, al saber la realidad de lo ocurrido, ordenó su arresto domiciliario.

En las semanas siguientes es posible que Isabel sopesara un nuevo perdón. La reina debía debatirse, una vez más, entre la razón de Estado, cuyo poder representaba, y sus sentimientos personales. Podemos imaginar en términos dramáticos el fortísimo interés de esta disyuntiva personificada en una mujer enamorada que era también reina. El drama se convirtió en tragedia cuando sus espías le revelaron que además, el conde de Essex era el centro de una conjura para destronarla. Devereux, el favorito a quien había consentido más errores y desplantes que a ningún otro hombre, había cruzado una línea que no le dejaba opción. No había ocurrido en ocasiones anteriores en que primaron las pasiones de Isabel: la razón de Estado era ahora un asunto de alta traición, y eso anulaba toda otra posibilidad. La reina ordenó su ejecución. Robert Devereux fue decapitado en la Torre de Londres el 25 de febrero de 1601.

■ La campaña de Irlanda se convirtió en un desastre para Devereux



JOSÉ CALVO POYATO

Catedrático de Historia y colaborador de varias revistas divulgativas de tema histórico.

Es autor de varias obras sobre el período final de la Casa de Austria y la llegada de los Borbones, y cultiva también la novela histórica ambientada, principalmente, en la época de los Austrias.